

NOVISIMA ODA A BARCELONA

José Agustín Goytisolo

I

Hace ya muchos años, en su Ora Maritima,
citó Avieno las ricas Barcinos
que debieron ser dos: una, Iaia,
la capital de un pueblo que vivió en las colinas
y dominó los llanos hasta Egara,
y la otra, Barcilo, Barcinon o Barkeno,
aquí, en el Mons Taber, cerca del mar.

A esta segunda llegó Cneo Escipión
⁵³⁰
el año DXXX de Roma, ab urbe condita,
luego de tocar tierra en Emporion
para cortar la retirada a Aníbal
que cruzaba los Alpes y seguía hacia Roma.

La ciudad se afirmó y fue llamada
Colonia Iulia Faventia Barcino,
y muy pronto se vió comunicada
con Roma y con Tarraco por la gran Via Augusta.
Fue centro de comercio, de cultura y de fiestas
y exportaba perniles, esclavos, frutos secos,
telas de lino, cereal y aceite.

Poco a poco las gentes se mezclaron
con sus conquistadores, más que lo hicieran antes
con fenicios y griegos, traficantes tan sólo.
Y así esta ciudad abierta era codicia
de invasores del Norte, los frances y alamanes
que para sí querían su enclave y su riqueza,
y tenía censados doce mil ciudadanos
cuando fue desolada: y se arruinó el gran Templo
de Augusto, el Foro, el Teatro,
la Termas y hasta el Circo, todo construido en piedra.
Pero en el DCCIXXVIII de Roma, fue rehecha,
rodeada de muralla más alta que cinco hombres.
El latín era hablado y entendido por todos
aunque perdió pureza. El Cristianismo
se infiltró con las nuevas oleadas de soldados, -
se impuso, y hubo Obispos y Basílica.
⁶⁶ LXI años antes de caer el Imperio,
Ataúlfo el Godo, llegado de las Galias
y aliado de Roma, puso corte en Barcino.
La ciudad amurallada siguió próspera y fue
refugio sucesivo de huéspedes:
el Conde Sebastián, Teodorico,
el Duque Paulus... El Derecho Romano
mezclado con el godo, ha llegado hasta hoy,
ya que los godos fueron pocos, y la ciudad
siquiera lo notó. Yo, Petrus Barberanus,
nieto de legionario trasalpino,

?

Octavia

casado con Lavinia de Gerunda,
que alabo mi ciudad y su gallardía,
y que cuento los años según la Era Hispanica
⁷⁸ restando XXXVIII a la de Roma,
creo en el porvenir de Barcino, aunque se acercan
tiempos duros, tal como nos anuncian
en iglesias y plazas, pero creo también
que mis hijos y nietos, más mestizos que yo,
van a seguir viviendo aquí, aquí, aquí.

II

Bisn Al-láh al-rahman al-raim:
¡alabado sea Dios, soberano de todos los mundos!
Soy Hammad al-Mussar, musulmán
refugiado en la taifa de Dertosa
a la que llegué huyendo como esclavo escribano
de Barcino, que es mi ciudad natal,
y me extiendo sobre ella, su gloria y su desgracia.
Los creyentes llegamos a Barcino
en el 96 de la hégira
en una galopada, siete años después
del paso de Tarik desde la costa de África.
Sólo el Vali mandaba sobre el Conde cristiano
y sobre la nutrida población judía
y Barcino era próspera: el oro
corria por las calles, los zocos y las hammas,
y se quemaba pólvora en las fiestas.
La ciudad resistió a Ludovico Pío,
mas cayó con honor el 181.
Muchos de mis mayores se quedaron aquí,

con sus familias, y también se quedaron los cristianos conversos al Islam.

Esta ciudad se impuso a otros Condados y siguió prosperando a nuestra costa: el Conde sustituía al Vali, y el Veguer al Caíd, y los fieles a Al-láh vivieron como esclavos.

Y aquí llegó Al-Mansur, al que un conde no quiso pagar justo tributo, y arrasó la ciudad.

Mi bisabuelo hablaba de su reconstrucción e inicio de otros barrios que yo ya he atravesado: el de la Puellas, el de la Vía del Vallés, el llamado por ellos Vila Nova, ya muy cerca del mar, y asimismo el del Pi.

Los sucesivos condes fueron muy valerosos aunque también crueles. En sus atarazanas se fabricaron pronto centenares de barcos, y alzaron tres alhóndigas. Se traficaba entonces con oro y, ay, esclavos, para Oriente y las islas, se acuñaba moneda, que se llamó mancuso de oro barcelonés, se cobraban impuestos a las débiles taifas fronterizas.

Los burgos y los barrios de extramuros ampliaron el perímetro de la antigua ciudad, y, para grave escándalo, crecía el call judío:

un día ha de tener su castigo esa gente.

Vindo ya Aixa
~~Yo viudo ya~~ de Miriam, mi última mujer,

me asilé con mis hijos en Dertosa,
ciudad hoy amenazada por el Conde
llamado Berenguer, casado con la hija
de un Rey aragonés cuyo nombre es Ramiro.
Pero yo invoco a Al-láh, que es uno y sempiterno,
que no ha engendrado a nadie y nadie le engendró
y que no tiene igual, para que así me salve
¡oh Muhammad! y por El llegue la victoria
y muera yo en Barcino cuando cumpla mis días.

III

La época de los Condes-Reyes fue
muy agitada para Barcelona.

La ciudad ensanchó de nuevo sus murallas
hacia el Oeste, abarcando el raval musulmán,
y también hacia el Norte y hacia el Este.

La arquitectura gótica trepó sobre el románico
en los templos, y pura, demostraba su luz
en las obras civiles: el Tinell,

Pati dels Tarongers, Saló de Cent,
Hospital de la Creu, nuevas Drassanes,
y oh carrer de Muntcada y sus palacios
de hermosas escaleras y de arcos apuntados.

Pere el Cerimoniós caminó por la Rambla,

un cauce incorporado a la ciudad,

Jaume el Conqueridor saltó a Mallorca,
tomó después Valencia y siguió al Sur
y regresó al Palau para escribir su crónica,
y sus hijos y nietos le imitaron.

Con la peste o mal any primer murieron
diez mil barceloneses; siguió otra peste negra
que reaparecía de un modo intermitente.
La crisis arraïaba a la ciudad enferma,
Confraries
mas con todo crecieron Cofradías y Gremis
y se fundó la Taula de Canvi, un banco público.
Y en este decorado de actividad y muerte
Barcelona brillaba, deslumbrante de fiestas,
hasta que el pueblo llano, la Busca, plantó cara
al poder de la Biga, en manos de unos pocos.
Al fallecer sin hijos el Rey Martí l'Humà,
en Casp fue nominado, entre otros aspirantes,
Fernando de Antequera, de estirpe castellana.
Y al casarse su nieto, aquí Ferran II,
con Isabel, llamada la Católica,
la unión favoreció a los castellanos
que se alzaron después, en exclusiva,
con la suerte y riqueza de ultramar.
Y pese a ver muchos barceloneses
a Colón acercándose a los Reyes,
rodeado de indios y pájaros y joyas
ante las gradas del Tinell, de vuelta
de su primer viaje al Nuevo Mundo,
el oro americano se fue para Sevilla
y nuestro Port cayó. Génova suplantaba

a los barceloneses en comercio y finanzas
y Valencia también desplazó a Barcelona
dentro de nuestros reinos. Ay, malhaya
la casa de trastámarra, que humilló a esta ciudad
y persiguió a los míos con fiereza.

1511
En el año de gracia de MDXI
fecha en que ha muerto el último de nuestros Condes-Reyes,
el que ésto dicta, Joseph Marimón,
nacido en Barcelona, descendiente
de judíos conversos de Montblach,
dejo estos comentarios sobre la ciudad que amo.

IV

Con los primeros Austrias tenía Barcelona
25.000 almas, y otra vez quiso alzar
su ánimo y sus banderas. Las Drassanes
construían entonces grandes naves de guerra
para luchar en Nápoles y también contra el turco.
El oro de ultramar y otros metales
pasaban por aquí para saltar a Génova
burlando a los piratas de las costas del Sur
mas no a los bandoleros catalanes.
Las calles se llenaron de campesinos pobres,
creció el artesanado y se acuñó moneda
que negociaba el Banc de la Ciutat:
Barcelona crecía, pero no Catalunya,
que iba languideciendo y despoblándose.
Nos metió el Conde Duque de Olivares
en guerra contra Francia, y fue el Corpus de Sang,
la gran revuelta de los Segadors,
y Pau Clarís tentó la Secesión,
mas brindó el Principat al Rey Luis XIII,

y al firmarse la paz, Felipe IV
el Rosselló cedía a los franceses.
La ciudad continuó sobresaltada
al cambiar el siglo: el rey Carlos II
sin sucesión, nombró como heredero
a Felipe, un borbón, nieto de Luis XIV,
y la Corona d'Aragó no quiso
reconocerlo como soberano
y se alió en el bando del Archiduque de Austria.
La guerra terminó con la victoria
del Rey Felipe V, mas los barceloneses
lucharon hasta el fin, con Casanova al frente.
La Corona abolió Leyes e Instituciones
y proscribió el idioma; mandó deruir también
más de ochocientas casas del Barri de Ribera
para allí edificar la Ciutadella.
Y otra vez a empezar: entre las ruinas,
la rabia o el dolor dió fuerza a Barcelona,
que organizó su industria, comerció con América,
amplió muy pronto el Port y desplazó a Sevilla;
el raval se poble de nuevos inmigrantes
y la ciudad tenía más de 100.000 personas.
Otra invasión francesa, y Bonaparte
nos pilló a contrapié: la población bajó
mas volvió a dispararse cuando el corso escapaba.
Ya se acelera todo: hay vapor en las fábricas,

los obreros reemplazan al artesano libre,
y al desamortizarse los bienes de la Iglesia
los nuevos propietarios se enriquecen
y las rentas agrarias se invierten en la industria.
Yo, Jordi Cadellans, oficial de Notario,
he vivido el final de esta reseña,
el raudo despertar de Barcelona,
escuché la campana del primer tren de España
y pongo mi esperanza en un futuro
de progreso y de paz para los míos.

V

Brotaron como hongos las empresas fabriles,
altas casas y nuevos palacetes,
se abrieron casas en el casco antiguo:
Jaume I, Ferràn, Unió, Princesa...
Se realizó el Ensanche de Cerdà:
retícula de un cuadro de cien metros
entre eje de las calles, y esquinazos en chaflán.
Crecían Sant Gervasi, Les Corts, Gràcia,
surgía el Poble Nou y también Sant Martí,
y fueron agregados Sants, Horta y Sarrià.
Ya desaparecieron todas las murallas
y fue gozosamente demolida
la odiosa Ciutadella, que se convirtió en parque,
Les Rondes enmarcaron la población histórica
y fue la Exposición del año 88.
¡Oh joyas de Gaudí, Puig Cadafach,
Domènech Montaner y tantos otros!
Y nuevos inmigrantes llenaron otra vez
los barrios periféricos: murcianos y andaluces.

Surgieron las tensiones y muy pronto
ardían las iglesias en la Setmana Tràgica.

Y la ciudad crecía, entre explosiones
y muertes de anarquistas y sicarios,
y al fin, la Dictadura de Primo de Rivera.

La Exposición del año 29
propició muchas obras y transformó Montjuic.

⊕ — Luego fue la II República española
el Frente Popular y la Guerra Civil.

Barcelona era fiel a la República
y eso le costó caro: ciudad abierta
sufrió los bombardeos más salvajes,
hambre y muerte en sus calles enfrentadas,
la derrota final y la miseria.

Sin libertad otra vez, y sin Instituciones,
y el catalán, prohibido. Pero la burguesía
pactó con el tirano: puso su vieja industria
a funcionar, entre el hambre y el miedo,
y especuló con todo. Y así el caos
reinaba en la ciudad, entre los miles
de barracas y huertos de hojalata y madera.

Pero los ciudadanos despertaban: comenzaron
la huelgas de tranvías que asombraron las calles,
los paros laborales, las protestas,
y sindicatos y partidos políticos
entraron en las fábricas y aulas.

⊕ *y el retorno de nuestras
libertades, y ensoguda*

En el Ajuntament, siguiendo órdenes,
dicen que hay que alejar a obreros y estudiantes
de la ciudad hacia la periferie,
pero ellos dan permiso al desafuero
de tantos rascaCielos y pocas zonas verdes
en una Barcelona colapsada y astrosa.
El que suscribe, Joan Manuel Horta i López,
arquitecto municipal, ridículo empleado,
estoy avergonzado, y sólo espero
que termine muy pronto este cruel desastre.

VI

Sí, venticinco años pasan rápido
y más si han sido tensos. Yo naci en Barcelona
once años después de muerto el dictador,
en una fecha en la que esta ciudad
fue nombrada la sede de los Juegos Olímpicos.
Muchas cosas cambiaron desde que terminara
la agonía lentísima en un lecho de horror:
mi abuelo me contaba que hubo alegría y pánico
en las casas, que luego juró el Rey,
que sucedieron tiempos de confusión y espera,
que miles de personas pidieron por las calles
Llibertat, Amnistía, Estatut d'Autonomia,
y que luego, al saber el resultado
de las primeras elecciones libres,
llenaron desbordando la Plaça de Sant Jaume
con sus viejas banderas, cantando Els Segadors.
Y tuvimos de nuevo la Generalitat
y el Parlament también, y nuestro idioma
salió de las cavernas y se metió en la Escuela,

y hubo júbilo y sustos: un hombre con tricornio
asaltaba en Madrid la sede del Congreso,
y de allí fue a la cárcel. Pero la recesión
de los años setenta afectó a Barcelona
y muchos ciudadanos cayeron en el paro
o volvieron al Sur. Esta ciudad aguantó
más de lo que podía imaginarse,
llevó a cabo importantes reformas populares
y creó zonas verdes y jardines y parques,
y escuelas, guarderías y mercados;
dió nuevo uso a antiguas construcciones
públicas y privadas, y empezó a sanear
los barrios periféricos y la vieja ciudad;
plantó miles de árboles en las calles y plazas
y procedió al amueblamiento urbano
y a otros equipamientos necesarios y urgentes.
Para los Juegos del 92 se hicieron
obras muy importantes que hoy perduran
y los barceloneses pueden contemplar:
el Passeig Marítim, desde el Morrot
hasta la Vila Olímpica, y unida
la zona deportiva de la Diagonal
con Monjuic, y los tres Cinturones terminados,
y el túnel del Vallès y el remozado Estadi...
Barcelona lavó la cara a sus fachadas,
amplió a la vez el metro y los transportes públicos

y desaparecieron las zonas miserables.

Nadie distingue entre nosotros hoy
a ciudadanos viejos de inmigrantes
porque somos un todo: la gente habla
no sólo catalán y castellano
sino muchos también francés e inglés.

Yo, Víctor Alexandre, estudiante de Historia,
he visto cómo cambia de continuo
esta ciudad, hoy ya una gran metrópoli,
que difunde cultura y cortesía
y que está abierta al mar, al mar y al mundo.